



Las ciudades del mar Josep Pla

Prólogo de José Carlos Llop



DESTINO

Las ciudades del mar

Josep
Pla

Nota introductoria de
Xavier Pla

Prólogo de
José Carlos Llop

Ediciones Destino
Colección Destino Clásicos
Volumen 20

© Herederos de Josep Pla, 1981

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la nota a la presente edición: Xavier Pla, 2019

© del prólogo: José Carlos Llop, 2019

Primera edición en Librería Editorial Argos: abril de 1942

Primera edición en Ediciones Destino: octubre de 2019

ISBN: 978-84-233-5629-4
Depósito legal: B. 20.025-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Nota a la presente edición.	7
Prólogo. Partidario del barco, de José Carlos Llop.	13

LAS CIUDADES DEL MAR

Nota preliminar.	23
Mi primer viaje a Mallorca.	25
En Fornells.	59
En el Rosellón.	77
Recuerdos de Italia	91
En la isla de Elba	131
Viaje a Cerdeña	137
En Sicilia.	151
En Croacia	171
Notas de Grecia	185
Fragmento sobre Estambul	203
En los Balcanes.	217
Créditos de las imágenes.	233

Mi primer viaje a Mallorca

Hacia Mallorca

El primer viaje a Mallorca, sobre todo si coincide con ser el primer viaje por mar que uno hace, produce una gran ilusión. Bajar a la Puerta de la Paz con las maletas, embarcarse en un vapor blanco —en un vapor que es un puro misterio desde la cala al tope de los palos—, ver el camarote, subir y bajar las escaleras, respirar el aire del mar, preguntar por el estado del tiempo, ver cómo va subiendo la cadena del ancla, cómo la máquina empieza a funcionar, cómo los émbolos van acelerándose, ver cómo todo tiembla cuando el chorro de vapor del silbato se dispara... ¡qué encanto! Luego el barco va saliendo raudo de las tenazas del puerto y parece que las hileras de luces de los muelles se van marchando. El primer movimiento en picado... No es nada. Un ligerísimo vacío en el estómago... Estamos en la boca del puerto. El aire es más fuerte y áspero.

Los que no han salido nunca, por la noche, de Barcelona, por su puerta de mar, no conocen su im-

portancia. La ciudad despide un resplandor de hoguera, da la impresión de apretujar, en su seno, un dinamismo considerable.

A medida que el buque se va alejando, el resplandor, de un carmín caliente, va convirtiéndose en un color de canela rojizo. Si no hay luna, el halo luminoso aumenta, por contraste, la densa oscuridad del mar.

El barco va navegando... Las sienes se van acostumbrando al ritmo de los émbolos. Las luces de Barcelona van descendiendo lentamente, la mancha luminosa se reduce, el resplandor se convierte en una línea de luz segada que temblotea como una luz puesta en remojo sobre la negrura del agua. Al final la última telaraña de luz, sutil como una gasa, se disuelve, extenuada, en la oscuridad. El faro de Montjuïc continúa dando, todavía durante mucho rato, sus flechazos de luz blanca, con el automatismo de los faros, que desde lejos parece demencial y alocado.

En el comedor del barco —es el *Mallorca*, un cisne— me encuentro con el señor Ramis, persona muy conocida. El señor Ramis tiene una complexión de romano. Es fuerte y robusto. Sobre la piel de color salmón de su ancha cara, dos pequeños ojos intensamente azules... El señor Ramis me explica que durante la otra guerra construía barcos y que todas las fuerzas familiares y clericales que le rodeaban se empeñaron en que antes de vender los barcos, los bautizara. Ramis contestó que un barco bautizado vale al menos tres mil duros menos que un barco que podríamos llamar hereje, porque ¿qué vale un barco nuevo si su propietario no puede celebrar la fiesta del bautizo, que es una fiesta tan importante?

Querían que yo les pusiera *Dolores*, *Angustias* o *Remedios*, en lugar de que el otro les pusiera *Nereo*, *Tritón* o *Sirena*... Le digo a usted que la mitología está dando las boqueadas... me dice el señor Ramis.

Luego me cuenta lo que se le ha ocurrido a un concejal de Palma para que el público de pago visite una exposición de arte retrospectivo. Pues se le ha ocurrido simplemente anunciar que el que visite la exposición pagando la entrada tendrá derecho a contemplar por tiempo indeterminado tres cocodrilos disecados que se han instalado en la sala contigua a la de los cuadros. No tiene usted idea —me dice el señor Ramis— del amor a las artes que se ha despertado en Palma.

El señor Ramis me explica, en una lengua clara y admirable y con una punta de sarcasmo, infinidad de historias. Pasamos una velada inolvidable.

A la mañana siguiente me llega, medio dormido, esta pregunta que alguien formula gritando:

—*Tomeu, que t'has maretjat?*

Estamos en Palma.

Lo cierto es que me he dormido como una marmota. No he podido ver ni la costa occidental de Mallorca, ni la bahía de Palma. Lo siento porque me lo habían profusamente ponderado. De todas maneras, la luz que entra por el ojo de buey del camarote es desapacible y agria. Está lloviznando. Estamos en febrero... Cuando salgo al puente todo el mundo ha desembarcado. Se ve la ciudad difuminada en la niebla, el cielo lleno de nubarrones, el sol es un sol nórdico, anaranjado, pajizo, un sol de Claude Monet. Sobre las aguas del puerto revolotea una nube de ga-

viotas, lo que ayuda a mantener la ilusión de que aquello no es Palma, sino una ciudad septentrional dulcemente apagada.

El color del día y la llovizna mansa me hacen pensar un momento en Chopin y en George Sand. A George Sand le habían dicho que en Mallorca no llovía nunca, que el cielo era una turquesa permanente, que el calor era siempre casi sofocante. Y se encontró con el descubrimiento desagradable de que en Mallorca llueve como en todas partes. Y se indignó.

—¡Hace treinta días que llueve sin parar! —grita con una crispación de nervios y con notoria exageración la Sand desde la ventana de uno de los dos capítulos de su libro.

¿Qué le vamos a hacer si en Palma llueve menos de lo que debería llover, pero en fin, llueve, de tarde en tarde? Pesado el pro y el contra de la cuestión, creo que lo mejor es resignarse.

Al poner pie en tierra nos encontramos completamente solos. Todo el mundo, hasta los coches de los hoteles, se han marchado. Decidimos salir andando. De repente, sale un chiquillo de detrás de unos bocoyes. El chiquillo ha hecho tarde para apachugar con una maleta y yo me he retrasado ligeramente en darla. Nos entendemos en el acto. Vamos andando por la parte alta del malecón. El día, por el lado de poniente, se va aclarando.

Vamos dejando a la izquierda el castillo de Bellver, con su silueta recortada, rodeado de una fronda espléndida de pinos de color verde oscuro, que la llovizna abrillanta. A los pies del castillo, el caserío del Terreno tiene blancos y azules claros de una

gran ingenuidad. Al final del Terreno, sobre el mar, hay un fuerte que parece una tortuga, plúmbea y achatada.

Primeras impresiones

De pronto el día se levanta un poco y nos paramos un momento en lo alto de la escollera. El chiquillo deja la maleta en el suelo y me señala con el dedo, de izquierda a derecha, los puntos esenciales del magnífico panorama que tenemos delante. El Terreno, que parece lavado, Bellver, el barrio de Santa Catalina, la Lonja, la catedral impresionante que con la atmósfera grasienta es de color de rosa, la parte alta de la ciudad —digamos la acrópolis—, las murallas, el Molinar, cuyo perfil se pierde en la costa baja... En el Molinar hay unos viejos molinos con grandes aspas.

A medida que se va alzando el día, Palma recobra el color como si saliera de un desmayo. Ahora es del color de las chicas de quince años.

Ante el gótico de la Lonja, la mirada queda como imantada. Se ha dicho: este es un gótico de *pa de pes-sic*, de pasta de ensaimada. Si los que dicen esto lo hacen en tono despectivo, producen, a mi entender, el mayor elogio que del gótico puede hacerse. Si la corrección nos lo hubiera permitido y no hubiera chocado a unos ciudadanos que tomaban un «palo» en la puerta de un cafetín contiguo, hubiéramos saludado el gótico de la Lonja lanzando el sombrero al aire. Nos parece que este estilo ha sido vencido aquí

—como en Valencia, como en algunas ciudades de Cataluña— por la normalidad, ligeramente inconstante, por el buen sentido del mar. El orgullo místico y vertical que el gótico pone en la piedra ha sido limitado a términos considerados. *No es pot pas matar tot el que és gras.*

Dejo la maleta en el hotel y salgo a la calle, a vagabundear. Este es el momento más sabroso de las ciudades: cuando son lo suficientemente desconocidas para no contener ningún elemento de monotonía, para ser todas ellas novedad.

Palma tiene un gran aspecto de ciudad limpia y llena de buen aire. El Borne es una delicia urbana, un salón acabado. Esta es una calle —pienso— para estar. La ciudad tiene una movilidad, unas suaves subidas y bajadas de encantadora gracia. Las callejuelas son muy civiles. Me doy de bruces ante cuatro o cinco grandes palacios de un ruralismo exquisito, señorial. Los patios, memorables. Estas casas han de producir señores, fatalmente. Las casas me parecen muy limpias. La gente anda despacio, sin atropellarse, va a sus quehaceres plácidamente, habla en voz alta y acciona con brusquedad. Advierto que a veces un interlocutor dice a otro: no hables tan alto. Los mallorquines, que son gente generalmente reposada, tienen a veces verdaderos ataques de brusquedad. Entonces se atropellan y parece que quieren hacer pasar un enorme galimatías verbal por el ojo de un alfiler. La gente viste bien, con una apagada discreción, lo que realza, por contraste, los deslumbrantes casos de horterismo que se dan en Palma. Los tranvías son cómodos, limpios y sobre todo lentos, que es

como han de ser. Los cafés tienen una entrada fácil y universal.

A pesar de los esfuerzos que ha hecho Palma para ser una ciudad provinciana, no parece haberlo logrado totalmente.

En la plaza del Ayuntamiento, en la puerta de una barbería, me encuentro con el pintor Gelabert. Gelabert, para ganarse la vida y poder seguir pintando, ha montado una peluquería. Le digo a Gelabert que le tengo por un hombre feliz. Pero tampoco es feliz mi amigo Gelabert. Me confiesa que los pintores le dicen que pinta como un peluquero y que su clientela sospecha que afeita y corta el pelo como un pintor. ¿Qué solución ve usted a eso? —me pregunta Gelabert—. No veo solución posible. Lo mejor —le digo— es tener la conciencia tranquila. Nos reímos los dos francamente. Gelabert es un ser que parece arrancado de los aguafuertes de Goya, uno de esos personajes de aspecto fantástico, calvo, un poco deforme, el cráneo aplastado, la nariz de cualquier manera. Con su larga bata blanca, Gelabert es el único peluquero que he conocido con cara de genio. Me enseña tres o cuatro dibujos de Picasso, muy buenos, con el trazo incisivo, nervioso, viviente de Picasso. Deben valer un dineral.

Llego a los alrededores de la catedral. El barrio es maravilloso. Doy la vuelta a la mole. La piedra tiene ahora un color entre anaranjado y marfileño. Lo que impresiona más quizá —vista de fuera— de esta catedral gótica, es la manera contundente y definitiva de estar presente en la corteza de la tierra, su manera estática de estar en la tierra. Las aspiraciones vertica-

les del gótico septentrional están aquí también corregidas por este afanoso deseo de estar en la tierra. La gran fábrica, por lo demás, me parece la estructura de un sueño. Entro. Deambulo lentamente por las naves y el crucero. No hay nadie. El silencio resuena, pleno. Parece que el tiempo se ha detenido aprisionado en esas piedras. Me siento en un banco. Hay una luz desvaída, ligeramente rosada, irisada, como una música lejana que flotara en el tiempo. Esta luz y esta música parecen ser la misma cosa. Esta luz y esa música, ¿será el mar tan cercano pasado por un caracol marino? ¿Será cosa de la catedral misma? Salgo al mirador sobre el mar. Se ve la bahía, con el cabo Salinas a la izquierda, calcáreo y blanquecino, y Porto Pi y Bellver a la derecha. El día tiene un color convaleciente. Hay una luz tierna y colores ingenuos y pueriles. Bajo la terraza están las murallas, con la pincelada de melancolía colonial que tiene lo militar y el aspecto de abandono de las cosas anacrónicas e inservibles.

El Casino Mallorquín es muy confortable y está admirablemente situado. Las habitaciones que dan a la bahía están llenas de sol todo el día. En la pequeña biblioteca encuentro a don Juan Alcover. Don Juan acaba de salir de la Audiencia y ha entrado, como cada día, a echar un vistazo a los periódicos antes de ir a comer. Don Juan es un señor que presenta unos sesenta años, diminuto, pequeño, atildado, con una cabeza fina, delgada y dibujada, una barba blanca impecable. Lleva sobretodo y bufanda de color de ceniza. Me produce una impresión de hombre internamente fatigado, de una emotividad contenida, tímido, balbuciente. La manera de producirse de don

Juan es exquisita. Su preocupación constante es la ingravidez, no hacer ruido, lograr que su presencia sea imperceptible. Me da la impresión de un hombre prudentísimo, de una normalidad y un buen sentido llevados al extremo de la tragedia. ¡Qué excelente consejero sería don Juan —pienso— para las cosas graves de la vida!

De la generación mallorquina anterior, me hubiera gustado conocer a tres hombres: a don Juan Alcover, a don Antonio Maura y a don Miguel de los Santos Oliver. No he conocido —y aun levemente— más que al primero. Los mallorquines son muy cabales y distinguidos y es casi siempre más importante lo que reservan que lo que dicen.

Por la tarde, voy al Molinar en tranvía. Los viejos grandes molinos tienen una decrepitud melancólica. Me paseo a orillas del mar. Con una caña escribo palabras sobre la arena blanca y húmeda. Pasa la tarde lentamente. Palma se dibuja sobre una puesta de sol discreta, desvaída, sin escenografía.

El castillo de Bellver

Subo por una magnífica avenida de pinos al castillo de Bellver. Don Juan Sureda tiene la amabilidad de acompañarme. El castillo de Bellver fue construido por Jaime II de Mallorca y hoy pertenece a la nación española.

Desde el exterior, desde el malecón del muelle de Palma, por ejemplo, Bellver es una cosa antigua,

pero muy dulce, como esas edificaciones afilegranas y lineales, rodeadas de un hálito dorado, que pintaba el viejo Cranach.

Si uno, sin embargo, se acerca al castillo, las piedras producen una impresión de soberbia masculinidad. Su elegancia es por otra parte fabulosa. La torre del homenaje, sobre todo, es de una finura y de una distinción que no acostumbran más que a tener en este mundo, y muy de tarde en tarde, las piedras pasadas por los milenios. Entre la torre y el castillo hay un arco apuntado, una almendra de aire, de una dulzura y de una nobleza canónicas e imperturbables. Dentro de la almendra se encuadran la catedral y toda la acrópolis de Mallorca y la visión es maravillosa.

El castillo es redondo y tiene, en los cuatro puntos cardinales, torres almenadas, que son una filigrana. Tiene un piso y un patio central. La galería de la planta baja está porticada con arcos redondos y la del primer piso con arcos de medio punto de un gótico humanísimo, de un gótico para vivir.

La combinación de estas dos series de arcos produce una impresión y una emoción imborrables. Delante del *bassin du miroir* del jardín de Versailles, uno siente el choque de la belleza, que es un choque que hace que, si llevamos en nuestro interior algo que no está en su sitio, se coloque lo descentrado con una rapidez de estremecimiento. Este choque puede uno sentirlo viendo el patio y las galerías porticadas del castillo de Bellver desde el tejado del mismo.

El castillo de Bellver está rodeado de pinares seculares y frondosos y el castillo parece una joya dentro de su estuche.

Don Juan Sureda, como amabilidad que agradeceré eternamente, me enseña las habitaciones del primer piso, grandes y vacías, pero muy bien conservadas. Me enseña la habitación que sirvió de cárcel, durante seis largos años, a don Gaspar Melchor de Jovellanos. Hay en ella una lápida que los liberales de Palma costearon para hacer eterna la abyección del absolutismo. Desde una de las ventanas de la habitación se ve, al sudeste, la montaña de Randa, en la cual meditó y se encendió el corazón de Ramon Llull. Sobre la montaña que el crepúsculo va esponjando en niebla azulada hay escurrimbres de nubes malvas y violetas.

Cuando subimos a la torre está anocheciendo. El panorama es inolvidable. Se ve toda la isla y lo que no se ve se presiente. Desde Randa por una parte y las montañas de Andratx por otra, se abre el abanico montañoso, cuya cúspide es el Puigmajor nevado, que resguarda el llano de almendros de la isla.

Las montañas se van hundiendo en sombras —como si se apagarán lenta y minuciosamente—. El valle se va anegando en neblina y se sumerge inmóvil. La ciudad se hace más inmediata. Las aristas de la catedral y de las murallas, más limpias e incisivas. Empiezan a nacer las luces de la ciudad —pinchazos sobre nuestra retina—. Hay luces que nacen corriendo. Otras parecen nacer con dolor. Otras que saltan como un cascabel y luego se posan en su sitio.

Desde la altura del castillo hay una magnífica vista de la bahía. El crepúsculo parece afinar el mar. Las aguas del puerto son de color rosa. El mar libre, más azul, tiene grandes manchas verdosas y opalinas

que el carmín de las nubes irisa. Con el vientecillo de la tarde, unas velas latinas, con el foque como una gacela, pasan raudísimas. Un viejo cargo negro, echando nubes de humo —como un dibujo infantil— sale lentamente del puerto. «*Correntia del món*» llamó al mar Ramon Llull. ¡Ah, viejo y gran poeta!

Bajamos de la torre, atravesamos el patio y en el foso don Juan Sureda nos muestra una lápida. La lápida dice en síntesis:

«En este lugar fue fusilado, a las cinco y media de la madrugada del día... del mes... de 18... el teniente general, don Luis Lacy, víctima de su ardiente amor a la libertad. Los liberales, etc.».

Regresamos, lentamente, en silencio.

El encanto de Palma

La vida en Palma es muy agradable.

En el Café de Oriente se come muy bien. Este café tiene muchos nombres. Se llama también Café de las Columnas y A can Tomeu. Rusiñol, en *L'Illa de la calma*, lo presentó con el nombre de Café de la Paz. Está en el Borne y no puede ser más céntrico. La diversidad de nombres de este café no ha de extrañar, porque es algo típicamente mallorquín. Casi todas las personas tienen dos o tres nombres, pero la novedad consiste en que el apodo o apodos de las personas —el apodo tiene siempre una punta despectiva— resultan aquí generalmente más naturales

y más normales que el nombre o el apellido auténticos. Esto produce confusiones constantes y a veces divertidísimas. Lo mejor es llamar a casi todo el mundo Tomeu. O de nombre o de apodo, casi todo el mundo se llama, en Mallorca, Tomeu.

Ante la excelente cocina del Café de Oriente, me traslado al mismo con armas y bagajes. Me dan una habitación grande y soleada y una inmensa cama, alta y profunda, una de esas camas en las que uno duerme y nadie se entera.

Por la mañana voy a tomar el sol a la biblioteca del Círculo Mallorquín. Hojeo grandes libros anacrónicos y viejas revistas encuadernadas. No pasa día que el camarero no tenga que pedir a algún socio que haga el favor de hablar más bajo. Siempre hay alguien en la librería que escribe a la novia y los gritos ajenos le hacen perder la ilación del proceso amoroso.

También voy a las librerías. En Palma hay tres o cuatro librerías viejas, oscuras, de mala muerte. En estas librerías se tiene una idea un poco vaga pero bastante exacta de los libros.

Al atardecer puede uno ir a pasar un rato al sermón cuaresmal de la Seo. Lo que se llama el todo Palma asiste a ellos. Todo el mundo me dice que van chicas guapísimas. El predicador roza —los predicadores rozan— la cuestión social con mucho empaque y arrebatada elocuencia. Oigo hablar tanto de las chicas que me dispongo a ver cómo son en realidad. La tarea me parece muy ardua. Observo que es un poco difícil penetrar en la vida palmesana. Las chicas deben estar muy vigiladas y debe haber una

separación muy cuidada entre los jóvenes de ambos sexos. En la calle, las que se ven más son las chicas del elemento oficial, tan finas y un poco anémicas. En el sermón observo a las chicas mallorquinas. Son señoritas un poco gordinflonas, de un torneado robusto y lleno, no muy altas, verdaderamente opíparas. Es la mujer ideal —pienso— para una pasión reposada, meticulosa y ligeramente administrativa. De la cara son como madres de Dios, guapísimas. Tienen una piel mórbida y pálida, con los consabidos hoyuelos, los cabellos sedosos y negros, la nariz pequeña, los dientes minúsculos perfectos, los ojos rasgados y profundos. Un naufragio en un par de ojos de esta clase debe ser una cosa muy seria.

Por lo demás, creo con George Sand que el alma de Mallorca es el silencio. Este silencio hace que sea un problema verdaderamente difícil, aquí, levantarse de la cama. Este silencio es, además, un terreno abonado para toda clase de misticismos y sería una ayuda de valor incalculable al introspeccionista y al que se propusiera husmear la mecánica de su vida interior.

El pascaliano, el lector de Maine de Biran, el delicado, el horticultor de su inteligencia interior, debería venir a Mallorca.

Por lo demás, la situación parece ser esta: la aristocracia está arruinada. La burguesía activa es cada día más fuerte. La propiedad está muy dividida. El ejército y la burocracia suelen ser insulares. El obrero, trabajando, puede llegar a tener una casita discreta. Entre el mallorquín del campo y el de Palma hay una cierta susceptibilidad, un rejuego de ironías. Lentamente se está desplazando la política, de las

manos de las viejas oligarquías a los hombres nuevos, plutócratas y hombres de acción. Ante la política, el mallorquín suele sentir una perfecta indiferencia.

Don Luis Martí. Un Diógenes ochocentista

Paso también muchas horas en el Café de Oriente. Es muy agradable. A este café acostumbra a venir, salvo las temporadas de eclipse y de soledad, un personaje diogeniano, cínico, descarnado y pintoresco que gustaría enormemente a Baroja. Este personaje es Luis Martí.

Martí fue militar, hizo la guerra carlista, anduvo por Navarra con los liberales y se dio de baja del Ejército después del abrazo de Vergara. Martí mantuvo siempre una posición liberal, de un individualismo feroz. Su pasión antisocialista, antidemocrática, estaba fija en su pensamiento como una obsesión febril. Es el hombre que yo he conocido a quien he oído lanzar contra Tolstói, en el espacio de tiempo mínimo, una mayor cantidad de improperios y de sarcasmos.

Luis Martí vive solo en un gran caserón. En su casa no entra nadie más que él. La gente supone que el piso de Martí es un revoltijo informe de papeles, periódicos, libros y trastos viejos. A veces este hombre pasa un mes o dos sin salir de casa y en la panadería vecina le hacen una comida frugal y se la dejan en la puerta del piso. Luego él la recoge y deja los platos vacíos en la puerta para que los panaderos se

los lleven. Pero, generalmente, Martí come y se pasa la vida en el Café de Oriente. Este café es célebre porque no hay en él nunca más que seis personas, dueño inclusive. Martí se acurruca al lado de la estufa y mientras va liando cigarrillo tras cigarrillo lee varios periódicos extranjeros. A veces, a la hora del sol, va a dar una vuelta por el muelle.

Luis Martí debe leer enormemente porque está al tanto de todo y tiene sobre todas las cuestiones su punto de vista original y agudo.

Antes, hacía Martí un viaje de dos o tres meses por España o por el extranjero, pero ahora es viejo y no sale de Palma.

Martí es un hombre pequeñito que viste atildadamente un traje oscuro. Su cara es inolvidable. Tiene los ojos pequeños y claros y la carne que bordea sus ojos como rasgada y excitada por papel de vidrio. La frente noble, el cráneo suave y finamente abombado y los raros cabellos largos y finos. La frente surcada de arrugas lineales, la nariz fuerte y perfecta, los labios un poco torcidos a la izquierda, los maxilares y la barba normales. Luis Martí recuerda vagamente a Maurras. En el físico de ambos se descubre un temperamento nervioso, susceptible, inquieto, bilioso y siempre insatisfecho. Una cara de golfo trascendental; uno de esos enormes golfos que salen a veces de los colegios de jesuitas, como salió Martí.

Martí es ateo, individualista, relativista y antisentimental. Desde todos los puntos de vista, representa en Mallorca lo diametralmente opuesto a lo que representa Alomar. Alomar es la badulaquería doctrinaria, racionalista y falsamente humanitaria. Martí

es antidoctrinario, concretista, tiene un soberano desprecio por las ideologías y por el romanticismo femenino de los sentimentales.

—Cuando encuentre usted un humanitarista de oficio, abróchese usted la americana en el acto —me dice—. Si no lo hace, le hará saltar la cartera *ipso facto*.

Martí se ríe de golpe y a saltos, con una risa que parece un chasquido.

Su individualismo sobre todo no tiene límites. Es una cosa sistemática, organizada y presentada con una lucidez cruel. Esto, claro está, le hace ser siempre disidente de la gente. Porque hasta los que se creen menos socialistas lo son ya —dice Martí.

Cuando se desató la Revolución rusa, Martí dijo:

—Los comunistas van a celebrar sus primeros juegos florales tolstoianos. Detrás de la ternura floreal, su crueldad será algo feroz, de una frialdad implacable.

Su odio por los socialistas es profundo.

—Besteiro —decía Martí a un maurista— es infinitamente más cretino que su ilustre jefe.

Martí cree que toda la historia de España del siglo pasado es un hecho antiespañol por ser el diagrama de la socialización progresiva de España.

—Ahora —dice Martí—, para que uno pueda rascarse tiene que hacer un expediente y enviar una comisión a Madrid.

»Mientras en Barcelona —me dice— el pez grande pueda comerse al chico, Barcelona será una ciudad grande y la gente podrá ir tirando. Si esto se acaba, serán ustedes devorados por los que tocan en los cafés, con el violín, romanzas sentimentales.

Todas las frases de Martí son como estas. Contundentes, cortantes, retorcidas como una mueca de ahorcado, llenas de una gran viveza. Alomar dice que Martí es un caricaturista genial.

Después de lo dicho se comprenderá que Martí lo soporta todo menos la mediocridad y la sumisión. Martí cree que las cosas, aun las más picantes, se pudren al llegar a la gente y al ser manoseadas y que lo que puede ser bueno un día puede ser malo y mediocre al día siguiente.

Yo me he hecho amigo de Martí y me gusta ir de tarde en tarde al café solitario a echar una parrafada con él.

Baranda.

El primer Werther español

Don Luis Martí me habla de don Felipe de Baranda. Baranda vino a Mallorca por los años de 1780. Era un antiguo guardia de Corps, que vestía elegantemente, a la última moda. Baranda, además, era muy guapo, un hombre que producía un gran efecto.

Parece que Baranda vino aquí desterrado.

Baranda estaba nutrido de enciclopedismo, entonces avasallador. Baranda había leído a Diderot y a Voltaire y era un anticlerical, un ateo, un impío y un desvergonzado, todo de una pieza. Baranda en España pertenecía al partido liberal, defendía a Jovellanos, a Feijoo y a las sociedades económicas de amigos del país, que tienen una ascendencia roussoniana, pero iba mucho más lejos que todo esto.